

*Situación de los cartagineses. – Sitio de Cartago. – Socorros de Hierón y de los romanos. – Los rebeldes imploran la paz acuciados por el hambre.*

Condolido Amílcar del desenfreno de los enemigos, manda llamar a Hannón, persuadido de que juntos los dos ejércitos finalizarían más pronto los negocios. Los enemigos que cogían, a unos los mataban por derecho de represalias; a otros, si eran traídos vivos a su presencia, los arrojaban a las fieras, creyendo ser éste el único medio de exterminar del todo a los rebeldes. Ya parecía a los cartagineses que tenían esperanzas más lisonjeras del estado de la guerra, cuando por un universal y repentino trastorno volvieron atrás sus intereses. Lo mismo fue unirse los dos jefes, que llegar a tal punto sus discordias, que no sólo desaprovecharon las ocasiones de batir a sus contrarios, sino que sus debates ofrecieron a éstos muchas proporciones de ejecutarlo en su perjuicio. Enterada de esto la República, ordenó que uno de los generales saliese del campo y el otro permaneciese, dejándolo a elección de las tropas. Además de esto, aconteció que los convoyes procedentes de los lugares llamados por ellos *emporios*, sobre que fundaban la principal esperanza de los comestibles y demás municiones, fueron del todo inundados por el mar durante una tempestad. La isla de Cerdeña, que les prestó siempre grandes socorros en las urgencias, había pasado a ajeno dominio, como hemos mencionado. Y lo que es más que eso, las ciudades de Hipozarita y Útica, las únicas de toda el África que les habían quedado, las que no sólo habían sostenido con energía la presente guerra, sino que habían permanecido constantes en el tiempo de Agatocles y en la invasión de los romanos, y, en una palabra, las que jamás habían querido cosa en contra de los intereses de Cartago, habían dejado ahora su partido, se habían pasado sin justo motivo a los rebeldes, y su desertión había producido instantáneamente con éstos la más estrecha amistad y confianza, así como excitado contra ellos la ira y odio más implacable. Dieron muerte y arrojaron por los muros a todos los quinientos hombres que habían venido en su socorro con su jefe, entregaron la ciudad a los africanos y no permitieron a los cartagineses dar sepultura a los muertos, por más que lo suplicaron.

Estos acontecimientos ensoberbecieron tanto a Mato y Espendio, que empezaron a poner sitio a la misma Cartago. Pero Amílcar, asociándose con el capitán Aníbal (éste era a quien el Senado había enviado a la armada, después que los soldados, por la autoridad que la República les había conferido para ajustar las diferencias de los dos jefes, tuvieron a bien que Hannón se separase); Amílcar, digo, llevando consigo a éste y a Naravas, batía la campaña, y cortaba los convoyes a Mato y Espendio. Naravas el númera le fue de suma utilidad, tanto en esta

como en otras expediciones. Éste era el estado de las armadas, que actuaban a campo raso.

Los cartagineses, cercados por todas partes, se vieron precisados a recurrir a las ciudades aliadas. Hierón, siempre atento a la guerra presente, tenía gran cuidado en enviarles cuanto le pedían. Pero especialmente manifestó sus deseos en esta ocasión, convencido de que le interesaba, para mantener el poder en Sicilia y conservar la amistad de los romanos, mirar por la salud de los cartagineses, para no dejar a la voluntad del vencedor ejecutar sus proyectos sin obstáculo. Efectivamente, reflexionaba con toda prudencia y cordura. Pues nunca se debe perder de vista la máxima de no dejar a una potencia engrandecerse tanto, que no se la pueda contentar después, aun en aquello que nos pertenece de derecho. Los romanos asimismo les dieron, en virtud del tratado, cuanto podían desear. Pues aunque al principio hubo motivos para ciertas desavenencias entre los dos pueblos, por haberse ofendido los romanos de que los cartagineses detuviesen en sus puertos a los que navegaban de Italia a África con víveres para los enemigos, y tuviesen ya en prisión a casi quinientos hombres de esta clase; reintegrados después de todos a instancia de los diputados que llegaron a este efecto, procedieron tan reconocidos, que inmediatamente cedieron a los cartagineses en recompensa los prisioneros que les quedaban aún de la guerra de Sicilia. Y desde aquel instante les suministraron prontamente y con humanidad cuanto les pidieron. Facultaron sus comerciantes para extraer de continuo lo necesario para los cartagineses, y lo prohibieron para los rebeldes. No quisieron acceder a la propuesta de los extranjeros de Cerdeña, que habían abandonado por este tiempo el partido de los cartagineses y les convidaban con la isla. No admitieron a los de Útica, que voluntariamente se entregaban, y ateniéndose al tenor de los aliados que hemos apuntado se pusieron los cartagineses en estado de sufrir el asedio.

Mato y Spendio no menos eran sitiados que sitiaban. Amílcar los había reducido a tal escasez de lo necesario, que se vieron precisados finalmente a levantar el asedio. Poco tiempo después, estos rebeldes, reunida la flor de las tropas extranjeras y africanas, cuyo total ascendía a cincuenta mil hombres con los que mandaba Zarcas el africano, decidieron volverse a poner en campaña y observar de cerca al enemigo. Huían de los llanos, por temor a los elefantes y caballería de Naravas; mas procuraban con anticipación ocupar los lugares sinuosos y desfiladeros. En todo este tiempo se observó que en el ímpetu y ardimiento no cedían a los contrarios, aunque regularmente eran vencidos por su impericia. Entonces nos manifestó la experiencia cuánto exceso haya de un talento práctico de mandar acompañado de principios, a una impericia y ejercicio militar adquirido sin reglas. Amílcar a veces atraía a encuentros particulares un trozo de tropas, y como hábil jugador de dados las cercaba y las hacía piezas; otras, aparentando desear una acción general, daba muerte a unos conduciéndolos a emboscadas que no preveían, y aterraba a otros noche y día dejándose ver de improviso y cuando menos lo esperaban. A cuantos cogía vivos los arrojaba a las fieras. Finalmente, habiéndose acampado, cuando menos se pensaba, cerca de los enemigos en un lugar incómodo para ellos y ventajoso para su ejército, los colocó en tal aprieto, que sin aliento para aventurar un trance ni facultad para evitarle, a causa del foso y trinchera que por todas partes los cercaba, al cabo esforzados por hambre se vie-

ron precisados a comerse unos a otros, dando la Divinidad la recompensa merecida a la crueldad y barbarie con que habían procedido con sus semejantes. Sin ánimo para salir al combate, seguros de la ruina y castigo de los que fuesen apresados, y sin ocurrírseles hacer mención de conciertos, a la vista de los excesos cometidos, sufrían el pasar por todo en su perjuicio, fiados en los socorros de Túnez que sus jefes les habían prometido.

Pero finalmente se consumieron los prisioneros con que la crueldad los alimentaba, se terminaron los cuerpos de los esclavos, se les frustró el socorro de Túnez, y la tropa, hostigada de males, prorrumpió en amenazas contra sus jefes. Entonces Autárito, Zarzas y Esendio decidieron entregarse a los enemigos y tratar de concierto con Amílcar. Logrado el salvoconducto de su embajada por medio de un rey de armas que enviaron, llegaron al campo contrario, y Amílcar efectuó con ellos este tratado: *Será lícito a los cartagineses escoger de los enemigos diez personas, las que ellos quieran; y a los demás se les remitirá con su vestido.* Ratificado el tratado, Amílcar dijo al instante que escogía a los presentes según el convenio, y de esta forma los cartagineses se apoderaron de Autárito, Esendio y otros capitanes los más distinguidos. Los africanos, después que supieron la retención de sus jefes, sospechando que habían sido vendidos, por ignorar el tenor de los tratados, acudieron a las armas con este motivo; pero Amílcar los rodeó con los elefantes y demás tropas, y los pasó a cuchillo a todos, en número de más de cuarenta mil. El lugar donde acaeció esta acción se llama *Sierra*, por la similitud que tiene su figura con este instrumento.